

Notas para un debate sobre la Universidad actual.

Notes for discussing the contemporary university.

LUIS CORVALÁN MARQUEZ¹

Recibido: 24 de marzo de 2016 / **Aprobado:** 13 de mayo de 2016

Received: march 24, 2015 / **Approved:** may 13, 2015

RESUMEN

Las siguientes notas de investigación abordan el problema de la universidad actual. En el marco de la globalización y transnacionalización del capitalismo, buscamos dar cuenta del papel que cumplen las instituciones universitarias en Chile. Sostenemos que el modelo actual de universidad, signado por las lógicas del capitalismo transnacional y la influencia de las concepciones postmodernas del quehacer intelectual, ha fracasado. Reflejo de ello han sido una serie de cuestionamientos, donde la principal crítica ha provenido desde el movimiento estudiantil y no del mundo académico. Sin embargo, a partir de la reforma universitaria impulsada recientemente por el gobierno de la Nueva Mayoría, no se vislumbra un cambio sustancial, quedando en deuda una posible transformación del sistema educacional chileno.

Palabras claves: *Universidad, capitalismo transnacional, postmodernidad, movimiento estudiantil, Chile.*

ABSTRACT

The following research notes address the issue of contemporary university. Within the context of capitalism's globalization and trans-nationalization, we aim to demonstrate the role of university institutions in Chile. We argue that the current university model has failed, a model marked by logic of transnational capitalism and the influence of postmodern ideas of intellectual duties. A reflection of this issue can be found in a series of controversies where the main criticism has come from the student movement rather than the academic field. However, based on the university reform encouraged by the Nueva Mayoría government, a substantial change cannot be observed, therefore a possible educational system transformation which may be in debt.

Keywords: *University, transnational capitalism, postmodernity, student movement, Chile.*

1 Doctor en Estudios Latinoamericanos, Académico Universidad de Valparaíso. Correo: lcorvala@hotmail.com.

I. INTRODUCCIÓN.

Los problemas y dramas de las Universidades chilenas son, por su esencia, similares. Incluso en muchos aspectos se parecen a los que presentan las universidades de otros países. Eso se explica porque en uno y otro caso vienen esencialmente determinados por factores estructurales, extra universitarios, de índole nacional e internacional, al margen de los cuales no se comprenden. De allí la inevitable necesidad de hacer una referencia a estos.

Abordando el punto, antes que todo hay que subrayar que las universidades son parte de la superestructura de la sociedad. Esto significa que sus características responden al tipo de sociedad en las que están insertas y a las cuales son funcionales. Hoy en día esas sociedades están constituidas por un capitalismo transnacionalizado dominado por grandes corporaciones multinacionales que incluso controlan a los Estados, tanto centrales como periféricos, como es el caso chileno.

Las universidades, en cada país, son un subsistema de dicho capitalismo, por lo cual reflejan su lógica y responden a sus necesidades. Ese capitalismo tiene sus particulares manifestaciones ideológicas (y políticas), las que están expresadas básicamente en las concepciones neoliberales. Estas concepciones, claro está, no se reconocen a sí mismas como ideológicas (y políticas) y, al contrario, se hacen valer como encarnación de una racionalidad técnica y, por tanto, neutra, carácter que ciertamente no poseen. Esta capacidad que presenta la ideología neoliberal propia del capitalismo transnacional para metamorfosear su esencia ocultándola bajo apariencias de una racionalidad neutra, -cuestión que también tiene su versión universitaria- constituye una de sus mayores fortalezas.

II. EL MARCO INTERNACIONAL.

Los factores internacionales son tanto o más influyentes que los nacionales al momento de intentar comprender nuestras realidades universitarias. Más aún cuando Chile es parte subordinada de un sistema mundial respecto del cual su Estado, sus instituciones y su cultura carecen de toda autonomía.

Una somera descripción de ese marco internacional tal como se ha configurado durante las últimas décadas condicionando nuestras realidades locales, incluso universitarias, tendría que hacer referencia al menos a lo siguiente.

En primer lugar, a que estamos en presencia de un capitalismo monopolista transnacional el que a nivel planetario, luego de la implosión del bloque soviético, aparece como triunfante. Como lo señala Samir Amín, en ese capitalismo: “la centralización del poder monopolista y su capacidad para controlar todo el sistema productivo alcanzó simas incomparables.” (El Clarín digital, 1 de febrero de 2016). Según agrega Roberto Regalado, esa centralización se ha traducido en la “interpenetración de los capitales de las grandes potencias imperialistas (EE.UU.; Europa occidental; Japón) y en la fusión de los ciclos nacionales en un solo ciclo transnacional de rotación del capital,” (2006, p.19) que es lo que la prensa denomina como “globalización”.

En segundo lugar, cabe señalar que uno de los rasgos fundamentales que caracterizan al mencionado ciclo de rotación transnacional del capital es la necesidad que tiene de borrar las fronteras nacionales. Ello es la premisa de la libre circulación de los capitales –tanto financieros como productivos- por todo el planeta, cuya otra cara es la supresión de las regulaciones estatales y la absolutización del mercado, con su correspondiente crítica al “estatismo”.

En tercer lugar, hay que señalar que el capital transnacional unificado actúa unido, y no solo a través de sus Estados centrales, sino también, en gran parte, mediante los organismos financieros internacionales que se le subordinan. Ello con el fin de mantener controladas no solo a las potencias centrales de segundo orden, como las del sur y este de Europa, sino también a las periferias del Tercer Mundo, imponiéndoles sus políticas. Tal cosa la realizan en estrecha alianza con las oligarquías locales y con aquellas capas constituidas por una alta tecnocracia (de preferencia formada o al menos postgraduada en las universidades anglosajonas) tecnocracias que son las administradoras de los negocios, de las instituciones (incluyendo las universidades) y del Estado. Todo lo cual llevan a cabo, consciente o inconscientemente, en función de la reproducción ampliada del capital local y transnacional, lo que también es la finalidad última del Estado y de la política, y a lo cual lo demás se subordina.

Es en este marco que se explica la privatización de todo, incluyendo las universidades. Bajo este capitalismo, en efecto, todo se transforma en nicho de mercado, por tanto, en mercancía y en fuente de rentabilidad del capital hiperconcentrado, incluyendo aquellos servicios que antaño eran derechos sociales, como la educación, la salud, y la previsión social.

Dentro de este esquema privatizador, la función de los Estados es, como se dijo, tomar todas las medidas requeridas por la reproducción ampliada del gran capital local y transnacional. Ello supone no solo las aperturas de las economías al mercado mundial con las correspondientes desregulaciones de todo, sino también garantizar la existencia de trabajadores (manuales e intelectuales) baratos, precarizados, fragmentados, afectos a alta rotación laboral, de mentalidad individualista, que no protestan, atemorizados, que no se organizan, lo que, aparte de la llamada “flexibilidad laboral”, encuentra una de sus manifestaciones principales en la destrucción de los sindicatos, como es el caso chileno, donde, por mandato del Tribunal Constitucional, incluso está prohibida la titularidad sindical, cosa que –digamos entre paréntesis– no opera para los dueños del capital, cuyas organizaciones gremiales son numerosísimas y fuertes al punto de ser capaces de condicionar la conducta de los gobiernos, constituyéndose en un decisivo grupo de presión.

Como se dijo arriba, la principal expresión ideológica y el discurso legitimante de este capitalismo son las concepciones neoliberales (que invariablemente se enseñan en nuestras universidades haciéndose pasar como neutras), ideología que aspira a convertirse en el pensamiento único, y que, según se señaló, se auto presenta como una no ideología y como una incontestable ciencia, la que, por otro lado, pretende deslegitimar a todo pensamiento distinto conceptuándolo como expresión de intereses particulares, de ideologismos de diverso tipo, de reminiscencias del pasado y, en fin, de manifestación de intereses políticos, de lo cual él –el neoliberalismo– supuestamente se hallaría desligado.

No está demás agregar que este capitalismo es extraordinariamente violento y predatorio. Uno de sus instrumentos principales son las guerras sin fin. A través de ellas se apodera de recursos ajenos e impone gobiernos que le son incondicionales. La guerra del golfo, la invasión a Irak, de Afganistán, antes la disolución de Yugoslavia con la guerra de los Balcanes, la destrucción de Libia por la OTAN, la actual guerra de Siria, el golpe de Ucrania, la extensión de la OTAN hacia el Este, y eventualmente hacia África y al conjunto del planeta es ilustrativo de ello.

En otros casos, como en nuestro continente, el capitalismo mundial, previa campaña de desprestigio mediático y ruina de su economía, opera intentando derribar a los gobiernos que le son más o menos independientes, (como son los casos de Venezuela, Brasil -caso ya consumado-, Bolivia y, en parte, Ecuador)

III. CAPITALISMO Y SUBJETIVIDAD.

La realidad descrita es velada por la ideología. En este sentido, el capitalismo en su fase actual, presenta una prodigiosa capacidad para controlar las subjetividades. Su sistema de extrema opresión y violencia es presentado por sus todopoderosos medios como encarnación de la libertad y de los Derechos Humanos, que invariablemente violarían los que se salen de su control.

En relación al tema vale la pena hacer un par de breves constataciones. A los efectos es posible fijar como punto de referencia la década de los sesenta y comienzo de los setenta del siglo pasado, cuando el capital parecía ser cuestionado en gran parte del planeta. El diagnóstico que los más poderosos círculos capitalistas entonces hicieron frente a esos cuestionamientos postuló que ellos habían sido el resultado de la derrota que a la fecha el capitalismo habría experimentado en la batalla de las ideas, la que había sido descuidada y que, por tanto, no podía seguir siéndolo, debiendo ser asumida. Entonces, el gran capital comenzó a invertir gigantescas sumas de dinero buscando ganar dicha batalla a nivel planetario. De allí los Think tanks y otros mecanismos análogos, con su efecto: el control de gran parte de los intelectuales, y a la larga también de las universidades.

En relación al tema es necesario distinguir dos planos: el de la cultura de masas y el de la alta cultura o, si quiere, la cultura intelectual.

En cuanto a la cultura de masas emergió el concepto de “Guerras de Cuarta generación”, cuyo objetivo es el control psicológico de la población a través de ingentes recursos mediáticos. Como lo señala Manuel Freytas, “el desarrollo tecnológico e informático de la era de las comunicaciones, la globalización del mensaje y las capacidades para influir en la opinión pública mundial, convertirán

a las operaciones de acción psicológica mediática en el arma estratégica dominante de las guerras de cuarta generación.” “Todos los días, -dice Freytas- durante 24 horas, hay un ejército invisible que apunta a la cabeza de las personas: no utiliza tanques, aviones ni submarinos, sino información direccionada y manipulada por medio de imágenes y titulares. Estos -agrega- son los misiles de última generación que las grandes cadenas mediáticas disparan con demoledora precisión sobre los cerebros de la gente convertidos en teatro de operaciones de la Guerra de Cuarta Generación” (2015, pp.311-316).

En cuanto al plano de la alta cultura, a mi juicio figuran de una manera muy destacada las filosofías postmodernas, cuyo rol no es otro que funcionalizar a los estratos intelectuales a la actual fase del capitalismo mundial.

IV. CONCEPCIONES POSTMODERNAS Y CAPITALISMO ACTUAL.

Se podría sostener que la esencia de las concepciones postmodernas reside en su crítica a la idea de emancipación con la cual se inaugurara la modernidad. En el contexto de su crítica a la razón, y a las utopías, que serían el núcleo de los discursos emancipatorios modernos, las filosofías postmodernas se propusieron como objetivo llevar a cabo la deconstrucción de las mismas, a las que conceptuaron como “visiones totalizantes” o “discursos omni-comprensivos” culpables de haber conducido a occidente hacia los totalitarismos del siglo XX.

En este esfuerzo intelectual uno de los principales caballos de batalla de las concepciones postmodernas es precisamente la crítica a la visión de totalidad, a la cual opone su concepto de la realidad como sumatoria de fragmentos sin conexión ni racionalidad. Las consecuencias de estas premisas en las ciencias sociales e históricas han sido clarísimas. A saber, el culto casi supersticioso a lo micro, a la especialización máxima, que nunca intenta visualizar ni comprender el conjunto, ni explicar nada sino más bien describir, a veces con énfasis en lo estético convertido en un fin en sí mismo. En esto, por cierto, no hay nada de inocente: el objetivo es precisamente que no se comprenda el conjunto en la medida en que ello es la premisa para un pensamiento crítico, al que se abomina descalificándolo y acusándolo de ser ideológico, expresión de una modernidad que fracasó, de dogmatismos insostenibles, de pertenecer al pasado, descalificaciones que, en fin, en el fondo no son sino agresivas formas de amedrentamiento dirigidas a esa frágil y dependiente capa social constituida por los intelectuales.

A la luz de esta constatación es que cabe comprender la funcionalidad de las concepciones post modernas, las que, a mi juicio, en el plano filosófico no son sino la expresión y el complemento ideológico del capitalismo planetario actual. No es extraño, entonces, que en todo el mundo las visiones postmodernistas se hayan apoderado del campo académico, funcionalizando con ello a gran parte de los estratos intelectuales a los intereses del capital global concebido como un orden natural y, por tanto, como el único posible.

En este marco, -no menos importante- las concepciones postmodernas han cambiado las legitimaciones del conocimiento. En la visión moderna este proclamaba servir al bien de la humanidad, a la emancipación del género, etc. En la visión postmoderna la legitimación del saber radica en otro lugar. En particular, en la contribución que puede dar a la acumulación del capital y al poder de los Estados (los que, a su vez, están en manos del gran capital). Jean François Lyotard, en su libro *La condición post moderna*, afirma lo primero con todas sus letras. “Nuestra hipótesis -dice- es que el saber cambia de estatuto al mismo tiempo que las sociedades entran en la edad llamada post industrial.” (1991, p.6) O sea, en la medida en que entran en la actual fase del capitalismo. “El antiguo principio de que la adquisición del saber es indisoluble de la formación del espíritu e incluso de la persona, cae y caerá todavía más en desuso.” Y agrega Lyotard: “esa relación de los proveedores y de los usuarios del conocimiento con el saber tiende y tenderá cada vez más a revestir la forma que los productores y los consumidores de mercancías mantienen con estas últimas, es decir, la forma valor. El saber es y será producido para ser vendido, -dice Lyotard- y es y será consumido para ser valorado en una nueva producción: en los dos casos, para ser cambiado. Deja de ser en sí mismo su propio fin, pierde su “valor de uso” (ibíd., pp.6-7).

O sea, que el saber pasa a ser una mercancía que en el fondo será adquirido por las empresas y por los Estados; saber que, en fin, en el primer caso debe ser funcional al acrecentamiento de la rentabilidad empresarial y en el segundo, del poder estatal, garante de la misma.

Esto significa que si la Universidad produce conocimientos, estará produciendo un tipo particular de mercancía, y con los fines indicados. De acuerdo a ello, la investigación sólo será financiada por los administradores y los financistas si tiene el indicado carácter mercantil y es demandada por el mercado. O sea, si sirve a las empresas o al Estado y, en fin, al sistema. Lyotard lo dice así: “la gestación de fondos de investigación por parte de los Estados, las empresas y las sociedades mixtas obedece a esta lógica de incremento del poder. Los sectores de la investigación que no pueden defender su contribución, aunque sea indirecta, a la optimización de las actuaciones del sistema (capitalista actual), son abandonados por el flujo de los créditos y destinados a la decrepitud.” (Ibíd., p.38) ¿Es el caso de la Historia, nos preguntamos?

Sin los datos citados, es decir, sin tener en consideración las concepciones postmodernas del saber, -y sus intrínsecas articulaciones con el capitalismo actual- no se entiende a las Universidades contemporáneas. Es decir, no se llega a percibir que cumplen un rol sistémico que les viene dado por la lógica de la estructura societal. O sea, por el capitalismo en su fase actual y por los poderes fácticos que le son propios.

V. CONCEPCIONES POSTMODERNAS Y CAPITALISMO ACTUAL.

De este modo, pues, al capitalismo descrito le es inherente cierto tipo de universidades. Según lo señalado, cada vez más se trata de universidades concebidas como empresas que venden cierto tipo de servicios, que tienen sus clientes, -que normalmente son las grandes empresas, y las mismas familias- universidades que se autofinancian vendiendo sus servicios en el mercado y que, como producto de ello, obtienen rentabilidad. Cabe reconocer que este modelo de universidad, aunque es la tendencia, no en todos los países se ha implantado a plenitud, como sí ha ocurrido con el caso chileno.

No es menos cierto que las universidades distan mucho de cumplir sólo las funciones indicadas. Paralelamente llevan a cabo funciones ideológicas, legitimando el orden vigente, presentándolo como el orden natural de las cosas; y también funciones técnico-políticas, que consisten en formar el personal calificado requerido por el capitalismo actual, así como también sus elites culturales y políticas.

Sobre el mismo tema, el académico colombiano Renán Vega Cantor sostiene que en las sociedades capitalistas las Universidades, en lo esencial, funcionan como “aparato ideológico de Estado, ...como un dispositivo que garantiza la reproducción social del capital...como productor de la fuerza de trabajo calificada para el mercado capitalista y como formadora de “cuadros de las clases dominantes.” Aunque también hace la distinción entre lo que a su juicio es la “universidad empresarial de elite, que tiene sus sedes principales en los países capitalistas centrales, junto con un remedo de las mismas que instruye a las clases dominantes locales; y, por otro lado, la universidad maquila, predominante en la periferia, (o sea, en nuestros países) que capacita fuerza de trabajo en concordancia con una economía especializada en producir materias primas y en ser la sede de las maquilas ensambladoras de las multinacionales” (2015).

El cumplimiento de su rol por parte de las universidades, -a través de las burocracias correspondientes-, cada vez más tiende a ser asegurado por el poder político (gobierno, ministerio de educación, etc.), poder que, en el caso de nuestro país, como hemos dicho, es totalmente dependiente de los centros del capitalismo mundial y de sus instituciones globales, y también de la plutocracia local que se halla articulada de forma dependiente con aquellos.

VI. UN PARÉNTESIS HISTÓRICO.

Las universidades chilenas empezaron a cumplir las funciones arriba señaladas durante la dictadura cívico militar: sobre todo desde los años ochenta en adelante. En este sentido, las actuales universidades chilenas provienen de la destrucción, por la dictadura, de la universidad reformada de los sesenta y comienzo de los setenta.

Como es sabido, la reforma universitaria de fines de los sesenta y comienzo de los setenta se correlacionó con las reformas estructurales que, dentro de la lógica modernizante de la Alianza para el Progreso del presidente Kennedy, impulsara el gobierno de Eduardo Frei Montalva. Fueron

precisamente tales reformas estructurales las que gatillaron, ya desde 1966 en adelante, el proceso de reforma en las universidades, la que adquirió un impulso adicional como resultado del ascenso del movimiento mesocrático y popular de perspectiva anticapitalista existente en el país desde comienzos del siglo XX, el que terminó teniendo activa presencia al interior de nuestras corporaciones.

Como sabemos, la reforma de fines de los sesenta terminó consagrando la triestamentalidad y la democratización de las casas de estudio, lo que encontró su sanción legal en el Congreso Nacional durante el gobierno del presidente Salvador Allende. Estas fueron las universidades que la dictadura cívico militar destruyó reemplazándolas por las que hoy tenemos.

VII. LA UNIVERSIDAD HEREDERA DE LA DICTADURA.

¿Cuáles son los aspectos más notorios de las universidades resultantes de la destrucción por la dictadura de la universidad reformada de los sesenta y setenta?

Se podría decir que, en primer lugar, se trata de universidades que dentro del país pesan mucho menos que antes de 1973. Persiguiendo deliberadamente este objetivo la dictadura, luego de intervenirlas militarmente, fragmentó a las universidades nacionales dando lugar a numerosas universidades regionales, cuestión que particularmente afectó a la Universidades de Chile y Técnica del Estado. Lo señalado fue llevado a cabo con fines expresamente políticos. En efecto, se quiso evitar el gran peso intelectual, moral y político que por entonces tenían las universidades en el conjunto de la sociedad. Con esa perspectiva se expulsó a casi todos sus académicos, al tiempo que se expurgaban los contenidos de los estudios adecuándolos a las necesidades políticas no sólo de la dictadura cívico militar, sino también de los grupos económicos en recomposición en cuyo exclusivo beneficio se diera el golpe y se cometieran, por años, los crímenes masivos de todos conocidos.

Pero lo más importante: las universidades que salieron de la intervención de la dictadura debieron convertirse en funcionales a las transformaciones estructurales que aquella realizó. En particular, debieron ser funcionales al proyecto neoliberal propiciado por una oligarquía plutocrática en recomposición, proyecto que suponía la indiscriminada apertura a la economía mundial y la privatización de todo, -también del sistema educacional y de las universidades mismas- con su respectivo sometimiento a la lógica mercantil y de la rentabilidad.

Estas transformaciones, -del país y de las universidades-, terminaron evidenciándose correlativas a la lógica del triunfante capitalismo mundial, adecuación que la dictadura asumió y que la concertación-Nueva Mayoría profundizó y perfeccionó.

Dentro de esta lógica las universidades, incluyendo las formalmente estatales, antes que nada se les entregó la misión de autofinanciarse, privándoselas, en coherencia con ello, de casi todo los aportes basales que solían recibir antes del golpe.

A partir de los ochenta, con las universidades todavía intervenidas y al tiempo que se procedía a fragmentar a la UTE y a la U de Chile, se empezaron a fundar numerosas universidades privadas: hasta hoy día más de cincuenta. Algunas de ellas de hecho se orientaron a la simple ganancia económica, -ganancias que alcanzaron niveles astronómicos que les permitió crecer rápidamente-, mientras que otras se encaminaron más bien a la consecución de fines políticos, ideológicos y proselitistas. Gran parte de los controladores de estas universidades, fueron, y siguen siendo, ciertos grupos económicos (incluyendo extranjeros, como *Laureate*) y personeros de la dictadura, de los partidos de derecha, sobre todo la UDI, y de la Concertación Nueva Mayoría, sobre todo del PDC, los cuales anudaron hasta hoy tupidas redes de influencia con la clase política y con los gobiernos.

Fue en este marco que las universidades estatales, crecientemente sin sus antiguos presupuestos, debieron gradualmente pasar a funcionar con la misma lógica de las privadas insertándose en el mercado del rubro. María Olivia Monckeberg ha mostrado todo lo dicho con lujo de detalles, particularmente en sus libros "El negocio de las universidades en Chile" (2007) y "La privatización de las universidades. Una historia de dinero, poder e influencia" (2005).

Siguiendo la lógica a que responden, las universidades chilenas salidas de la dictadura, aparte de sus consabidos roles ideológicos y políticos, se esfuerzan por vender sus servicios en el mercado del rubro. Tales servicios están compuestos sobre todo por títulos profesionales, grados y post grados (incluso por correspondencia), asesorías, patentes, cursos, textos, etc. Sus clientes son las familias, las empresas (en realidad, las grandes) y el Estado. La venta de tales servicios se realiza dentro de un mercado que se reputa competitivo.

De este modo, en fin, la universidad neoliberal es una universidad mercantil, cosa que históricamente las universidades chilenas nunca fueron.

La referida lógica mercantil que anima a la universidad neoliberal también se expresa en la diferenciación de su personal. En este sentido por una parte existe una tecnocracia de gestores que controla a las casas de estudio buscando rentabilizarlas y hacerlas más competitivas dentro del mercado de las universidades (imponiendo al mismo tiempo en ellas los criterios del Ministerio de Educación, los que, a su vez, vienen del Banco Mundial). Su función principal, por tanto, consiste en perfeccionar y diversificar las mercancías que las universidades ofrecen al mercado a fin de hacerlas crecer y ganar en rentabilidad a la par que garantizar la estandarización de las casas de estudio acorde a los criterios de la globalización neoliberal en curso y de las corporaciones que dominan la economía mundial.

Esta tecnocracia se caracteriza por poseer muy altos sueldos y un poder casi ilimitado. Debajo de ella figura el personal académico, los profesores, normalmente precarizados, sea a contrata o a honorarios, con sueldos que tienden a la baja, dentro de una clara tendencia a la proletarización. Más allá de lo que diga cualquier estatuto, este sector carece de todo poder y su situación es aún más insegura que el personal de servicio, lo que hace imposible la libertad de pensamiento en las aulas, estimulando más bien la autocensura y la actitud políticamente correcta, o el enfoque meramente tecnocrático.

Sin perjuicio de lo dicho, la universidad neoliberal, -siempre bajo su lógica economicista y mercantil-, busca que los académicos aporten a su rentabilidad, y es de acuerdo a ello que los recluta, valora y evalúa, o bien los desecha. En nuestro caso dicho aporte en gran parte opera mediante obtención de patentes derivadas de innovaciones técnicas, asesorías a empresas o al Estado, obtención de proyectos de investigación con financiamiento externo, publicación en revistas indexadas y otras, algunas de las cuales acarrearán a la universidad verdaderos subsidios estatales, en parte a través del llamado Aporte Fiscal indirecto.

Dentro de esta lógica, los profesores son evaluados por criterios cuantitativos, dentro de los cuales la docencia es el menos valorado, privilegiándose, en cambio, la investigación, la publicación en revistas indexadas, la obtención de proyecto con financiamiento externo, la obtención de patentes y asesorías, precisamente por cuanto representan modos de aportar financiamiento a la universidad.

De lo dicho tendencialmente resulta un académico cuyo compromiso fundamental no es con el país, con la sociedad, con las mayorías, o con cualquier valor elevado, sino con su propio currículum. Ello en función de minimizar su precariedad y de subir, en lo posible en la escala administrativa y tecnocrática, ocupando puestos de poder que le aseguren mayores cuotas de estabilidad y renta. El resultado de este fenómeno es que el país se priva de una masa intelectual crítica e independiente indispensable para su desarrollo. Y, más bien resulta la propensión a estimular el pensamiento único, que naturaliza al capitalismo tardío, avanzándose así hacia un totalitarismo de nuevo tipo. Cuestión de lo cual es parte el control de las subjetividades de las multitudes controladas operantes mediante guerras de cuarta generación, las que, como señalamos arriba, tienen un carácter esencialmente mediático.

En este marco, la universidad neoliberal, como la chilena, es presionada, incluso desde los centros del capitalismo mundial y de sus organismos financieros, a dar una formación cada vez más segmentada destinada a formar un personal técnicamente calificado, polivalente, con las competencias demandadas por el mercado -que en el fondo proviene de las grandes empresas-, personal que en lo posible debe ser preparado en poco tiempo, carente de formación reflexiva y crítica, preocupado esencialmente por hallar colocación laboral y obtener el ingreso requerido por su acceso al mercado. Ello, como se dijo arriba, sin perjuicio de la preparación que la Universidades llevan a cabo de las elites dominantes, tanto empresariales y económicas como políticas.

Claro está que una y otra cosa se realiza en distintas facultades e incluso en distintas universidades. En efecto, la preparación del personal de las elites dominantes tiende de preferencia a hacerse en las Facultades de Economía y Derecho de las Universidad de Chile y Católica de Santiago, y en parte en las ingenierías, desde donde tales estudiantes continúan estudios en universidades de los países centrales, sobre todo EE.UU. e Inglaterra.

Dentro del país, las universidades públicas, en el conjunto de sus carreras, preparan una parte relativamente pequeña del estudiantado universitario. El grueso de este corre por cuenta de las privadas.

VIII. EL FRACASO DEL ACTUAL SISTEMA UNIVERSITARIO CHILENO.

El sistema universitario de mercado generado durante la dictadura y mantenido por los gobiernos de la Concertación/Nueva Mayoría ha fracasado rotundamente. No obstante, se ha sostenido que registra algunos éxitos, como sería el aumento significativo de su cobertura.

A este respecto hay que decir que las cosas son muy relativas. Sobre todo si se tiene en cuenta que ese aumento de cobertura esencialmente ha operado por la vía de las Universidades privadas, y no por las estatales, a las cuales, -no por casualidad-, se les ha impedido que crezcan. Dicho de otra forma, el aumento de la “cobertura” ha operado por la vía de aquellas instituciones de educación superior donde el capital privado ha invertido y esperado las correspondientes rentabilidades. En este sentido se puede afirmar que lo que se entiende por cobertura no es otra cosa que la creciente captación de clientes por parte de empresas (educacionales), cuyo negocio supone matricular, cobrar y endeudar, de donde emana la principal fuente de su rentabilidad.

Dadas estas realidades, la cobertura no dice mucho como indicador de avance en el plano propiamente educativo. Menos aún cuando no se correlaciona con índices de titulación. Sobre este punto Patricio Basso señala que “para medir los logros de cualquier sistema educacional no basta con medir la cantidad de alumnos que ingresan –cobertura- sino que....se debe medir la cantidad de alumnos que egresan o se titulan en dicho sistema” (El Mostrador, 20 de julio de 2016). Y en cuanto a esta cuestión los datos disponibles son categóricos. Las tasas de titulación calculadas por Basso para Universidades, Institutos profesionales y CFT es de solo 39.6%. Esto significa que por cada diez matriculados se titulan menos de cuatro.

Lo dicho representa un promedio, pero hay muchas universidades privadas que están muy por debajo de él. Así, las Universidades Miguel de Cervantes y Los Leones tienen un índice de titulación de 11.7%; la Universidad Pedro de Valdivia, de 16%; y la Santo Tomás, de 24,3%. Los datos hablan por sí solos. (Ibíd., 2016)

Pero hay otro aspecto no menos relevante. Son aquellos que nos muestran que los titulados en la educación superior chilena, sobre todo los provenientes de las universidades privadas, tienen dificultades para encontrar trabajo. Según datos del Instituto Nacional de Estadística, citados por el periodista Rubén Andino, el 40% de los desempleados en Chile han realizado estudios en educación superior. Según los mismos datos, el desempleo de los profesionales que poseen títulos universitarios, post títulos, maestrías y hasta doctorados se incrementó en un 26% en el último año. Mientras que el desempleo de trabajadores con calificación técnico profesional también aumentó en 39% en el mismo periodo” (Punto Final, nº 854, p.6) ¿Cuántos de estos han quedado endeudados para casi toda la vida? Como dijimos, es particularmente el caso de quienes han estudiado en Universidades privadas y que provienen de los estratos más modestos de la población. Estos, -titulados (y no titulados)- a cambio de un endeudamiento casi vitalicio, han recibido una mala formación la que, por lo demás, desde el punto de vista laboral no les sirve.

Se trata sobre todo de dramas generados por lo que Vega Cantor denomina como “universidades maquila.” Sólo que en caso chileno las “universidades maquila” preparan cesantes y personas que mayoritariamente pueden emplearse en rubros para los cuales no estudiaron, que también es el caso de personas que no se titulan, pero que igualmente quedan endeudadas. A cambio de ello, las universidades privadas de hecho lucran. Sus gigantescos y bien equipados edificios, y sus súper millonarios gastos en publicidad dirigida a captar nuevos clientes (sobre todo de estratos bajos) son un índice de ello. Negocio en el que a través del Crédito con Aval del Estado (CAE) también entran los Bancos, los que por este concepto reciben de las arcas fiscales miles de millones de pesos.

IX. LOS CUESTIONAMIENTOS DEL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL A LA UNIVERSIDAD NEOLIBERAL.

A partir de cierto momento, en Chile el modelo neoliberal de Universidad y, en general, de educación, empezó a ser cuestionado. Ello por los estudiantes, y no por los profesores precarizados, que son el 80%, ni menos por los de planta, en extinción.

Las grandes expresiones de ese cuestionamiento fueron la “revolución pingüina”, del 2006, y sobre todo el movimiento del 2011, que ahora parece renacer. El rechazo a la universidad neoliberal y mercantil encarnado en esos movimientos se sintetizó en la consigna de “No al lucro” y en el concepto de la educación como un derecho universal, y no como una mercancía.

Frente a esa eclosión del movimiento estudiantil, la Concertación, que en lo esencial no cambió el modelo de universidad instaurado por la dictadura, -lo cual es coherente con el hecho de que desde 1990 en adelante se dedicó a consolidar los esquemas neoliberales instaurados por aquella- luego de ser desplazada el 2010 del gobierno, vio que para recuperarlo tenía que sintonizar con esa demanda de los estudiantes y de la sociedad. Aunque, astutamente, pretendió establecer esa sintonía solo de manera epidérmica. Esto es castrando dicha demanda de su contenido original, adecuándola, por tanto, a los esquemas neoliberales, sin lo cual sus políticos no contarían con el financiamiento o la confianza de los poderes fácticos.

Esta estrategia en el 2014 le permitió a la Concertación (más el PC), con el nombre de Nueva Mayoría, reaccionar a La Moneda.

Desde aquí, con fines exclusivamente electorales orientados a su mantención en el Ejecutivo concebido como botín pagador, abordó el tema de la gratuidad, que tal como está pensada y formulada en su Programa, es cien por ciento neoliberal. En efecto, desde ya operará a través del financiamiento a la demanda. En efecto, se implementará por vía becas y análogos, y no mediante la consagración de un derecho universal, cuya otra cara debieran ser los aportes basales a las casas de estudio de propiedad del Estado.

Dicha “reforma” adicionalmente supone financiar por parte del Estado a las empresas privadas que han invertido en el mercado de las universidades (y en CFT’s), propendiéndose con ello a reemplazar a las familias en tanto sus principales financistas. Lo único que a ellas se les pedirá para que reciban las platas estatales es que se acrediten y declaren que no persiguen fines de lucro. No es difícil percatarse que se trata de un mero pretexto para trasladar recursos del Estado al gran capital invertido en la educación, tal como se ha hecho con las pesqueras, con las forestales, con los Bancos, etc. Dicho de otra manera, no es difícil percatarse de que de este modo, entre otros, el Estado neoliberal, y su clase política, cumple su función esencial, que es la de servir a la acumulación ampliada del capital.

No se le podría pedir otra cosa a la Nueva Mayoría puesto que de manera contraria se le estaría proponiendo que alterara no solo el modelo de universidad vigente, sino también el modelo económico que es su base y condición, para lo cual, como se sabe, -financiado por los poderes fáctico- el bloque de gobierno no está disponible. Desde ya, ninguno de sus partidos es en los hechos antineoliberal, al igual como sucede con los de la derecha.

X. SOBRE LA SUPERINTENDENCIA DE EDUCACIÓN.

Los defensores de la “reforma” de la educación en curso, -es decir, el gobierno- han sostenido que se instaurará una Superintendencia destinada a garantizar (¡ahora sí!) que las empresas privadas que han invertido en educación superior y que reciban platas fiscales para financiar la gratuidad, no lucren con ellas. El académico de la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile, Carlos Huneus, ha cuestionado la efectividad de este mecanismo. Ha hecho ver que durante los últimos 25 años “los órganos reguladores no tuvieron voluntad política de cumplir su labor, son tigres de papel, sin dientes ni garras. Sus altos directivos son capturados por la industria que debieran regular y se esfuerzan por asegurar su éxito (personal), más que defender los derechos de los consumidores.” Más adelante Huneus agrega que esta práctica de años muestra “que las instituciones regulatorias tienen componentes informales que estarán presentes en lo que se establezca para la educación superior.” Por tanto, añade, “las universidades privadas con fines de lucro y las que tienen intereses políticos pueden mirar con tranquilidad su futuro, porque saben que esa práctica regulatoria llevará a que la anunciada Superintendencia de Educación sea capturada por ellos y no se esforzará por hacer cumplir la ley. En estos años, además, sus controladores y directivos han desarrollado sofisticados sistemas administrativos y contables para prevenir posibles problemas con el Servicio de Impuestos Internos, contratando a distinguidos abogados y expertos tributarios, incluyendo a un director del SII” (El Mostrador, 24 de junio de 2016).

Estos planteamientos de Huneus ponen ante nuestros ojos algo decisivo, de lo que no podemos abstraernos. A saber, la cuestión de “los altos directivos capturados por la industria,” que están en todas las empresas e instituciones y que circulan a través de la llamada “puerta giratoria.” Como sabemos, se trata de un elemento estructural.

¿Qué pronóstico se podría hacer a partir de lo dicho? Pareciera que es posible pronosticar que en el plano de las universidades a corto plazo difícilmente vendrán cambios, como no sean cosméticos, indispensables para la gobernabilidad neoliberal. Esto significa que es poco probable que se produzcan reformas que saquen a las universidades (y a la educación en general) de los esquemas mercantiles del

neoliberalismo actualmente vigentes, los que se vinculan a los intereses de la oligarquía plutocrática que controla al país y que terceriza a la clase política.

Un cambio mayor, no estando, sin embargo, descartado del todo, se halla asociado a la independencia, potencia y madurez intelectual y política que alcance el movimiento estudiantil, y a la alianza que él pueda realizar con otros sectores sociales y políticos interesados en avanzar hacia un país diferente. Tal cosa por cuanto solo en un país distinto será posible una Universidad distinta. Avanzar en esa dirección no es, sin embargo, posible bajo gobiernos de la Nueva Mayoría, cuyo proyecto no representa sino un transformismo funcional a la gobernabilidad requerida por la dominación de la oligarquía plutocrática y de las corporaciones trasnacionales que controlan al país.

BIBLIOGRAFÍA.

- Amin, S. (2016). "El imperialismo contemporáneo". En: *Clarín digital*.
- Andino (s/f). "Demandas estudiantiles se toman la calle". En: *Punto Final*, N° 854, p.6.
- Basso, P. (2016). "Educación superior: el modelo neoliberal y dos errores gruesos del Mensaje presidencial". En: *El Mostrador*, 20 de julio de 2016.
- Hunneus, C. (2016). "La reforma universitaria de Bachelet y los intereses político-económicos que la impedirán". En: *El Mostrador*, 24 de junio de 2016.
- Freytas, M. (2015). "Guerra de Cuarta generación", en: *Revista de Historia del Instituto de Historia y Ciencia Sociales*, primer semestre, pp.311-316.
- Lyotard, J. (1991). *La condición post moderna*. Informe sobre el saber. Editorial R.E.I. Argentina S.A. B. Aires, 1991, p.6.
- Regalado, R. (2006). *América Latina entre siglos*. Ed. Ocean Sur, La Habana, p.19.
- Vega Cantor, R. (2015). *Comentario al libro: La universidad de la ignorancia. Capitalismo académico y mercantilización de la educación superior*. Ediciones Ocean Sur.